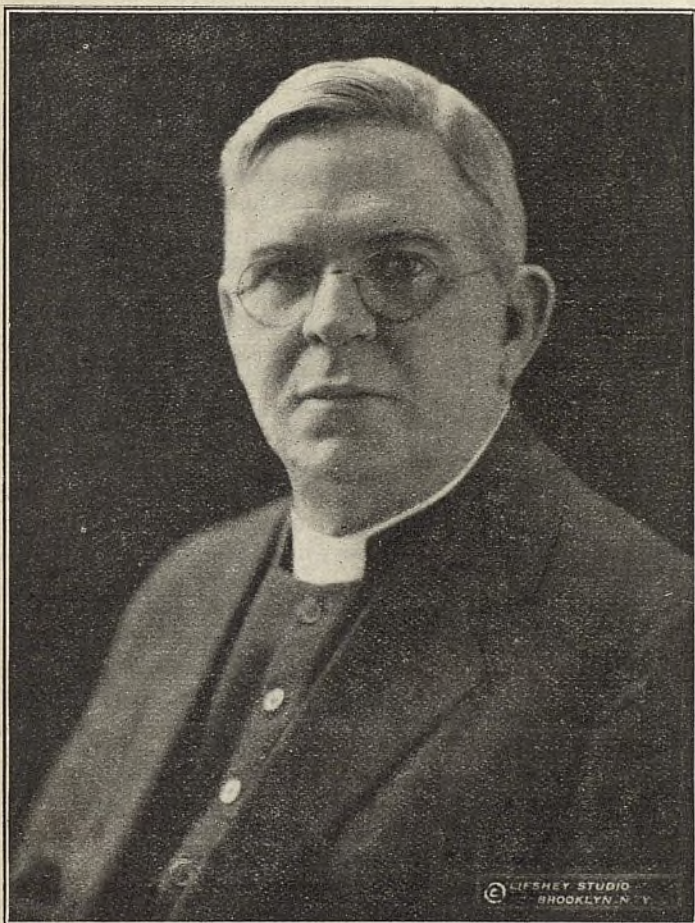


ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 447

Madrid, 16 de Agosto de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.



LAS GRANDES FIGURAS DEL PROTESTANTISMO

S. PARKES CADMAN

Presidente del «Federal Council of the Churches of Christ in America», y pastor de la Iglesia central congregacional de Brooklyn (U. E. A.)

«Como presidente del Concilio Federal de las Iglesias de Cristo en América, quisiera asegurar a los cristianos evangélicos de España nuestro apoyo ferviente y sincero.

Hablo en nombre de 30 millones de evangélicos en los Estados Unidos al desear para España aquel progreso que viene solamente con la verdadera libertad y la verdadera civilización.»

S. PARKES CADMAN.

EL MUNDO INVISIBLE

UNO de los peores efectos del pecado es que convierte en obstáculo para la realización de fines superiores, precisamente las cosas que fueron creadas como medio para realizar aquéllos.

Si pudiéramos contemplar con mirada limpia, no enturbiada por el pecado, el mundo visible, considerando en él no solamente lo que es obra de Dios, sino aun también lo que es producto del noble esfuerzo humano, llegaríamos a vislumbrar, a través del mundo material, el mundo invisible. El universo visible sería entonces para nosotros, según la expresión de un célebre predicador, el espejo de las realidades eternas que el ojo corporal no puede alcanzar. El sistema parabólico de enseñanza tan preferentemente usado por nuestro Salvador y también por los profetas del Antiguo

Testamento nos indica el camino para percibir algo del mundo espiritual. Pero ya sabemos cuál es la realidad. Para la inmensa mayoría, el mundo visible resulta una muralla infranqueable que impide por completo la contemplación del mundo espiritual. Lo que bien usado sería una ayuda, resulta, a causa del pecado, un estorbo, una dificultad, porque el hombre convierte en un fin, lo que sólo es un medio. La contemplación de la Naturaleza, que levanta en el corazón del creyente sentimientos de gratitud, de admiración y de adoración al Creador, hace, en cambio, decir neciamente al incrédulo: La Naturaleza es Dios. Asimismo el creyente ve en la ciencia, en el arte, en la literatura, en cualquiera actividad humana que sea digna, algo que más o menos directamente le habla de Dios y le une a Él, mientras que

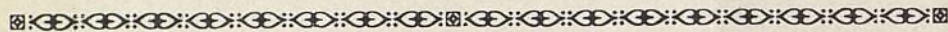
el materialista considera todas estas cosas como fines en sí mismas, y lo curioso es que, tratando de ponderar indebidamente su importancia, las rebaja y las degrada. Todo gana en valor cuando se relaciona con Dios, que es un valor infinito; todo se achica y envilece cuando se le separa de Él. Resulta en la práctica que el valor meramente relativo que damos los cristianos a las cosas visibles es superior al valor absoluto que neciamente les dan los materialistas. Se nos podrá objetar que, siendo el pecado lo que impide la visión del mundo espiritual a través del mundo visible, tampoco los creyentes, por ser también pecadores, podemos tener una visión del mundo invisible. Tenemos que reconocer que ciertamente nuestros pecados son la causa de que nuestra visión de ese mundo sea muy deficiente; pero podemos decir que hay en nosotros un elemento que, al mismo tiempo que amortigua el pecado, deshace sus funestos efectos. Y este elemento es la Fe. La bendición mayor que produce en nos-

otros es precisamente que nos capacita para la percepción del mundo invisible. Por esto, alguien la ha llamado un sexto sentido.

El Nuevo Testamento nos da sobre la Fe, como sobre tantas otras cosas, un concepto muy diferente del enseñado por la Iglesia Romana. Ésta presenta la fe como una virtud ciega; el Nuevo Testamento la presenta más bien como una potencia visual. Vemos que hablando de los patriarcas dice la epístola a los Hebreos:

«Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas (podría traducirse también viéndolas) de lejos». Y de Moisés se nos dice que se sostuvo como *viendo* al Invisible. No nos ordena Dios que cerremos los ojos para creer, sino que en su gracia, abre los ojos de nuestra vista espiritual mediante la fe para que contemplemos el mundo invisible e impecederlo.

ELÍAS ARAUJO.



FIDELIDAD PERENNE

(DE NUESTRO CONCURSO ACTUAL)

Sé fiel hasta la muerte,
APOC., II, 10.

La fidelidad es una de las virtudes más estimables en el hombre. Se la representa por medio de dos manos estrechadas; pero en el perro la podemos apreciar de un modo más exacto, pues tanto en la prosperidad como en la adversidad nos es fiel y servicial.

La fidelidad no tiene valor alguno si no es constante, y no alcanzará premio por ella quien no permanezca fiel en todo tiempo. Así lo estimó el Señor, y por ello dice: «Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida».

Nadie osaría premiar a un soldado que, estando de centinela, vigila con diligencia los primeros momentos de la guardia, confiándose luego y acabando por dormirse, dando así lugar a que el enemigo sorprenda el campamento, sin que él pueda avisar a nadie de lo que pasa. Todos, en cambio, nos congratulamos cuando le es otorgado el máximo galardón a un soldado que, tanto de centinela como en el fragor de la pelea, hizo honor a su uniforme, expuso muchas veces su vida y dió siempre pruebas fehacientes de su fidelidad y amor a la Patria.

Nadie osaría tampoco otorgar el primer premio a un corredor atlético porque en una carrera de 10.000 metros cubrió brillantemente los primeros 5.000, confiando y abandonándose luego, para acabar por retirarse de la carrera al verse vencido por otros corredores que, sin demostrar tanta brillantez en los primeros metros, se superaron a sí mismos y con tenacidad y constancia vencieron al fin y recibieron con todo honor el laurel de la victoria.

Correr bien la mitad de la carrera no es bastante, aunque alguna vez fuese suficiente. El esfuerzo ha de ser hasta el fin si se quiere obtener el premio. Más provechoso será un esfuerzo metódico, intenso y constante, con la vista puesta en la meta, que una carrera alocada, desordenada, acaso espectacular, pero agotadora, causa de muchos fracasos.

Si uno de nuestros pilotos aviadores intentase batir un «record» de aviación y se

lanzase a la empresa sin una adecuada preparación, pensaríamos que tal intento era temerario o que quien intentaba realizarlo estaba demente. Mas si de antemano estudia el asunto concretamente; si se provee luego de aparato adecuado, con ensayos y pruebas que le hagan prever y prevenir todos los pequeños detalles, que en largos vuelos pueden ser esenciales; si, por último, ha sometido su vida al régimen adecuado para el caso, es más que probable que logre su propósito; otros lo logran, y es entonces cuando nadie les regatea el aplauso como premio a tal esfuerzo, que, a la postre, es un triunfo del espíritu sobre la materia.

Vuelo, carrera y guardia es también la vida del cristiano. Empieza cuando nacemos en Cristo y termina cuando partimos para estar con Él. En esta carrera o vuelo, mientras unos se preparan concienzudamente para el triunfo con oración continua, meditación profunda de la palabra de Dios, comunión constante con Cristo, otros se precipitan y corren de un modo alocado, sin dirección fija, hasta que, cansados, se sientan al borde del camino, si no han caído por algún precipicio, de donde nadie puede moverlos ya. Mientras unos, pues, se preparan para el éxito, otros corren al fracaso. La carrera es larga. Conviene que nos preparemos con tiempo suficiente, sin precipitaciones temerarias. Confiemos más en el Señor que en nuestras pobres fuerzas. ¡Cuántas vidas truncadas, corazones rotos, almas doloridas por sólo precipitarse temerariamente! Seamos avisados. En la carrera del cristiano, al igual que en la carrera del «Stadium», no basta correr; hay que correr bien y correr hasta llegar a la meta. Nosotros no podemos leer en el corazón de otros. No podemos saber cuál sea la causa de sus éxitos y cuál la de sus fracasos. Mas hay uno al que nada le es oculto. Él lo sabe todo. Mas si nosotros pudiésemos también leer en el corazón de muchos, veríamos allí escrito el porqué de sus fracasos. A unos, el amor al mundo, que no pudieron desterrar de sus corazones, les fascinó, y poco a poco les hizo olvidar sus deberes espirituales, que

acabaron dejándolos al fin por completo. A otros, el pecado, con el cual quisieron contemporizar, acabó por subyugarlos. A aquéllos, el amor al dinero, que codiciaron desmedidamente, les sirvió de lazo para caer. A éstos, las vanidades del mundo, los placeres, los pasatiempos ilícitos, insensibilizaron su corazón hasta adormecerlo traidoramente. ¡Cuántos fracasos, cuántas vidas truncadas nos explicaríamos si pudiéramos leer en el corazón de muchos! Mas esa no es la meta de nuestra carrera, ni el «Sé fiel hasta la muerte», como lema del cristiano está allí escrito. Alcemos, pues, la vista a nuestro Salvador y esforcémonos en Él. No pensemos en los que fracasaron, granos de trigo caídos entre zarzas acaso, prodigios malogrados, nubes sin agua. Pensemos, en todo caso, en los que triunfaron: Abel, Abraham, Samuel, Pablo y tantos otros que por fe ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, trastornaron campos de extraños. Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos éstos fueron aprobados por testimonio de la fe.

«Sé fiel hasta la muerte». No basta serlo unos cuantos años de nuestra vida o sólo mientras ésta nos sonríe, como no le bastó al soldado velar parte de la guardia, ni al atleta correr la mitad de la carrera; como hay que velar hasta el fin de la guardia y correr hasta el fin de la carrera, hay también que ser fiel hasta la muerte. ¿Qué nos aprovecharía serlo sólo veinte o cuarenta años de nuestra vida? ¿Con qué razones podríamos justificar nuestra inconstancia? ¿Podríamos, acaso, cubrir con la fidelidad de años la infidelidad de muchos días? Sería penoso que, después de haber sido fiel durante la mayor parte de nuestra vida, volviéramos a la infidelidad en que vivíamos antes de conocer a Cristo como nuestro Salvador.

Bien sé que las dificultades no son pequeñas: que Satanás nos acecha continuamente buscando el punto flaco, el momento propicio para dañar a los escogidos: «Peligros de dentro, de fuera temores». Pero el Señor está con nosotros, y aunque en el mundo tengamos apretura, con Él tenemos la vida y el triunfo asegurados. Si hasta el postrer momento nos acechara el adversario, procurando debilitar nuestra fe y estorbar nuestra comunión con Cristo, con nosotros está el Fuerte de Jacob y no nos dejará. En todo tiempo, los que han querido vivir piamente en el Señor han padecido persecución; pero todos los dardos que el maligno eche a nuestros pies no deben hacer más que avivar nuestra fe y aumentar nues-

tro entusiasmo, haciéndonos comprender, a la vez, cuán grande es el valor de la corona de la vida que quiere arrebatarnos.

La victoria es nuestra porque permanecemos fieles solamente. Él está con nosotros. A Él alcemos la vista y el corazón para que no desmayemos en el resto del camino ni nos amedrentemos por el fantasma de las dificultades. ¡Veamos! Corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta hasta el fin de nuestra vida terrena; de modo que, al finalizarla, seamos clasificados entre los poseedores de la corona de la vida. Dificultades y facilidades, contrariedades y satisfacciones, tristezas y alegrías, ¡que todo tienda a ayudarnos a proseguir al blanco!

En los juegos olímpicos, celebrados en París el año 1924, tomó parte un estudiante de Teología, de Inglaterra. El día que le correspondió correr se presentó en el «Stadium» y se alineó con los demás corredores de otras naciones. En el momento que iban a dar la salida, un amigo dijo al estudiante que el Príncipe de Gales le estaba viendo desde la tribuna. El saber que el Príncipe le estaba viendo alentó al joven de tal manera, que pudo pisar la meta antes que ningún otro corredor de su grupo, pudiendo así obsequiar a su Príncipe con un triunfo moral.

Debe también a nosotros alentarnos el saber que nuestro Salvador nos está viendo desde los cielos, y que cuando lleguemos a la meta de nuestra carrera cristiana, Él mismo será quien nos entregará la corona de la vida.

Lector: ¡que esto te conforte y anime! «Sé fiel hasta la muerte».

FE Y CARIDAD

LLAMANDO . . .

Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

SAN LUCAS, XIX, 9 y 10

DESPUÉS de haber devuelto Cristo la vista a un ciego, pasaba por la ciudad de Jericó, cuando un varón llamado Zaqueo, persona distinguida, ansiaba verle, resultándole imposible, a causa de su pequeña estatura.

¶ Pero él no se arredra por ello. Desea verle, y en su imaginación busca medios para conseguir su objeto, y al fin encuentra uno. Súbese a un árbol, y desde allí se cumple su deseo, y aún más, pues Jesús, que ha conocido su empeño, le ordena que descienda para que pose en su casa.

Imposible describir el gozo que llenaría el corazón de Zaqueo en aquellos momentos. Cristo le ha concedido mucho más de lo que anhelaba, ya que sólo deseaba verle, y ahora lo tiene de huésped en su casa.

Y entre tanto, la muchedumbre que le acompañaba murmura entre sí, diciendo: ¿Quién es este hombre que va a posar con un pecador?

Y Nuestro Señor Jesucristo, que poco antes, con la parábola de la oveja perdida, había demostrado que en el Cielo hay más gozo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento, dice en esta ocasión: «He venido a buscar y a salvar lo que se había perdido».

Por esta razón, esta invitación que hizo a Zaqueo es extensiva para todos. Como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, todos nosotros estamos perdidos en pecado, y Jesús viene a salvarnos, llamando insistentemente a las puertas de nuestros corazones. Necesita ser huésped de ellos. Lo que sucede es que nuestros corazones no están preparados y le rechazamos. Decimos «mañana te recibiré», y ese «mañana» va alejándose, y al darnos cuenta, es ya tarde. ¿A qué aguardar?

No seamos perezosos, oigamos su voz, no desechemos sus enseñanzas. Si llama a nuestros corazones hoy démosle alojamiento, no digamos «mañana te recibiré», de acuerdo con la Palabra de Dios que nos ordena: «Si oyereis «hoy» su voz, no endurezcáis vuestros corazones», porque quizá la expresión «mañana te recibiré» nos produzca arrepentimiento algún día, y ya tarde.

¿Por qué no dejar que la influencia salvadora y regeneradora de nuestro Pontífice eterno se sienta desde hoy en nuestra vida y sea guía y norma de ella?

Cristo está dispuesto a aceptarnos tal como somos; con nuestra culpa, con nuestros pecados, con nuestras faltas. Y, sin embargo, nosotros le rechazamos porque nuestra condición no nos permite creer que el ser ofendido trate de reconciliarse con el ofensor. Nos dicen: Fulano ha engañado a Zutano, y está éste disgustadísimo con aquél, y lo admitimos como una lógica contundente; pero, sin embargo, nos dicen: a Fulano le ha engañado Zutano, y aquél trata de reconciliarse con éste, y tanta bondad nos desconcierta.

Si no creemos en la bondad humana, ¿cómo creer en la divina, superable a toda? La respuesta está en nuestras manos.

RAMÓN TAIBO SIENES.



L I R A

*Cuando tu altura miro,
radiante y de hermosura coronada,
y pienso en el retiro
que en la región velada
del cielo nos preparas por morada,*

*y luego, contristado,
dirijo mis miradas a la tierra,
y veo al hombre entregado
al vicio y cruda guerra]
que al alma que te adora fieramente,*

*quisiera, Señor mío,
llegar a tus moradas aprestado,
y en dulce desvarío
contigo, dulce Amado,
holgarme y de ventura rodeado.*

Suscríbese a ESPAÑA EVANGÉLICA

*Sentado en la alta cumbre
de tu cielo de luces mil vestido,
y ardiendo en viva lumbre
de amor, y en bien mecido,
no acordara amarguras mi sentido.*

*A Ti te cantaría
con acento acordado y nunca oído,
a Ti que oculta vía
descubres al perdido,
que en tiniebla y error vive sumido.*

*Contigo el alma mía
se holgara y no supiera desventura;
allí se extasiaría,
¡oh luz serena y pura!,
de continuo divina en tu hermosura.*

*Allí contemplaría
los soles que recubren tu alto asiento,
y al relumbrar el día,
cruzando el firmamento,
el carro de la aurora en movimiento.*

*Con ángeles cantores
mi lengua te ensalzara, dulce Amado,
y henchido en tus amores
el pecho sosegado,
gozárse en tus gracias inundado.*

*Allí viera al Ungido,
rodeado de innumerables legiones
y de esplendor vestido,
las firmes divisiones
guiando y los celestes escuadrones.*

*Entonces el alma mía
bañárase en tu luz pura y ardiente,
y en singular porfía
buscara diligente
tu rostro de bondad resplandeciente.*

*¡Cuán placida ventura
sintiera, dulce Amado, en tus moradas!
allí siempre dulzuras
con bienes mil mezcladas
me hinchieran y delicias no gozadas.*

*Tu nombre con los santos
ensalzara y con célicos querubenes,
y concertados cantos
oyeras, cuando subes
a tu alto asiento en las ardientes nubes.*

*¡Oh, sitios deleitosos!
¡Oh mansiones del hombre no sabidas!
¡Retiros venturosos!
¡Moradas bendecidas,
do las almas se gozan complacidas!*

*En tus atrios, ¡oh Amado!,
por siempre ansia descansar mi alma,
y estando allí, a tu lado,
la más sublime palma
ganado hubiera, se holgazara en calma.*

*¡Oh celestial retiro!
¡Oh lugar para el bueno preparado!
¡Mansión donde el respiro
se escucha, sosegado,
y el alma goza a solas con su Amado!*
J. CHICHARRO DE LEÓN.

TEMAS PRÁCTICOS

AIRE

HE aquí una de las maravillas del universo de Dios. Los antiguos sabían relativamente poco acerca del aire, pero habían aprendido a admirarlo. Sobre las «olas del viento», como el salmista dice, Jehová anda. Nuestro Señor entró en el fondo del asunto al hablarnos del viento, «que sopla de donde quiere y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene ni a dónde vaya», haciéndolo figura del Espíritu Santo, el Dador de vida a las almas.

Aunque sabemos mucho más que los antiguos respecto del aire, no es por eso menor nuestra admiración ante esta obra de Dios ni nuestra reverencia hacia su sabio y poderoso Creador. Al ofrecernos la ciencia nuevos datos acerca de los elementos y fenómenos naturales, podemos contemplar con mayor arrobamiento la sorprendente belleza del mundo material y rastrear los pasos de aquella inteligencia soberana que lo concibió y ordenó todo. Las cosas comunes, el aire, el calor, la luz, el agua, nos revelan algo de la sencillez y complejidad de nuestro mundo. La sencillez que, por ejemplo, hace a todas las formas de la vida depender del aire y la complejidad que multiplica casi al infinito los órganos que lo utilizan y lo transforman según las necesidades especiales de cada ser.

Qué es el aire.

Aristóteles catalogó el aire como uno de los cuatro elementos del mundo. Claudio Galeno, de Alejandría, médico del emperador Marco Aurelio, reconocía que por la respiración la sangre venosa negra se transformaba en sangre arterial brillante, aunque pensaba que el aire llegaba al corazón y que este cambio iba acompañado de calor. Esta creencia era la general, hasta que nuestro Miguel Servet, y luego Guillermo Harvey, descubrieron independientemente el gran principio de la circulación de la sangre. Reconoció entonces que la sangre de las venas pasaba al corazón, de donde era enviada a los pulmones para que allí se enriqueciera con los elementos del aire. Volviendo de nuevo al corazón, era enviada a regar todo el organismo. Así empezó el hombre a sospechar que el calor del cuerpo no procedía del corazón. Pero no fué hasta 1789 cuando el gran químico francés Lavoisier probó al mundo que la respiración daba lugar en el cuerpo a pequeñas combustiones de carbono e hidrógeno, y sólo en tiempos relativamente recientes ha venido a comprobarse el proceso exacto de esta combustión.

En cuanto al aire mismo, Roberto Boyle (1627-1691) descubrió su carácter material, probando que tiene peso y ejerce presión sobre cualquier superficie con

la que esté en contacto. Juan Mahow (1643-79) fué el primero en descubrir que la limpieza de la sangre tiene lugar en los pulmones y es debida a su contacto con el aire. Él llamó «aire vital» a la parte del aire que efectuaba esta combustión. En 1774, José Priestly descubrió accidentalmente este «aire vital» u oxígeno, y en años sucesivos fueron descubriéndose algunos de los otros gases que componían el aire, determinando su respectiva cantidad. El aire está formado de una quinta parte de oxígeno y cuatro quintas de nitrógeno con rastros de óxido de carbón y vapor de agua. Cien años después, Sir William Ramsay (1852-1916), por orden de Lord Raileigh, emprendió la investigación, que dió como resultado el descubrimiento del *argo*, *helio*, *neo*, *kripto*, *xeno* y *nito*, gases contenidos en el aire en pequeñas cantidades. De todo esto se deduce que fueron precisos dos mil años para probar que el aire es una mezcla de ocho elementos y dos compuestos: óxido de carbono y agua.

Propiedades del aire.

La tierra está rodeada de una envoltura de aire de 150 a 300 kilómetros de espesor, según algunos científicos, aunque Ekholm le asigna sólo unos 70 kilómetros. Al nivel del mar, esta envoltura ejerce tal presión, que cada individuo tiene que soportar 16 toneladas. No es aplastado por ella a causa de ejercerse en todas direcciones. Al elevarnos, la presión disminuye. En la cima del Mont-Blanc esta presión viene a ser 550 gramos por centímetro cuadrado, mientras en el monte Everest baja a unos 300. Para que lo entendamos mejor, diremos que el aire ejerce sobre un centímetro cuadrado de superficie una presión equivalente al peso de una columna de mercurio de igual base y 760 milímetros de altura. Así, que cuando leemos un barómetro, leemos sencillamente la presión del aire, y deducimos de ella y de otros factores el tiempo probable. La predicción del tiempo y el origen de los vientos son problemas de muy difícil solución. Aun es verdad que no sabemos ni «de dónde vienen ni a dónde van». Las expediciones a los Polos, que ahora tanto apasionan, tienen, entre otros objetos científicos, el de estudiar el origen de los vientos y poner la Meteorología sobre una base más racional.

El aire puede comprimirse por presión. Suficientemente comprimido y guardando al mismo tiempo su temperatura baja se convierte en líquido. Como otros gases, puede dilatarse por el calor. Esta cualidad es la que hace estallar un globo lleno de aire si se coloca junto al fuego. El aire es una mezcla de gases que tienden a combinarse unos con otros, evitando así que el más ligero suba más alto y el más

pesado (bióxido de carbono, que es venenoso) quede a flor de tierra. El agua disuelve el aire, absorbiendo más oxígeno que nitrógeno, permitiendo esta cualidad que las plantas vivan bajo el agua, aun hallándose ésta cubierta de hielo. A causa de esta solubilidad del aire podemos vivir. El tejido interior de nuestros pulmones es húmedo y asimila el oxígeno del aire transmitiéndolo a los vasos sanguíneos.

El aire es esencial a la vida.

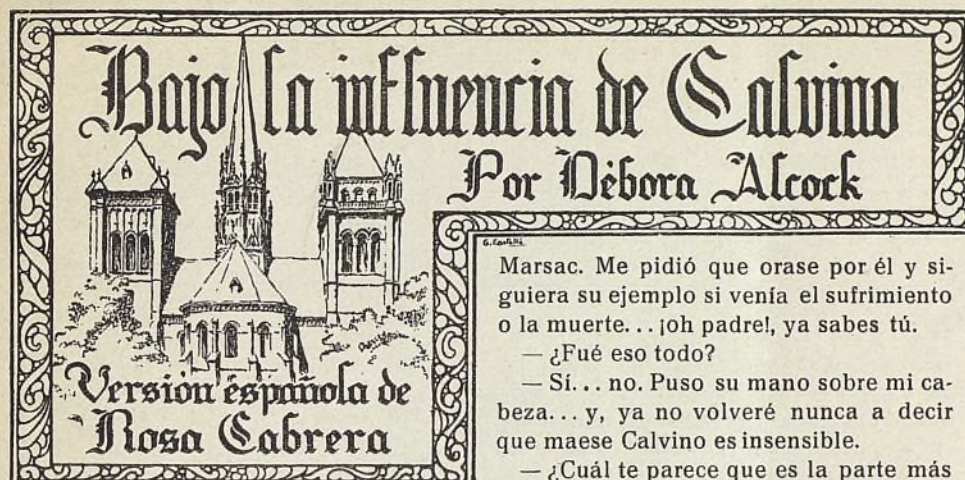
Los animales están formados de células que constan de cuatro elementos: carbono, nitrógeno, oxígeno e hidrógeno. Cada vez que movemos un músculo o pensamos se destruyen células. De los elementos que ingerimos se van construyendo otras por un proceso químico complejo. Pero, ¿cómo se eliminan las viejas? El oxígeno del aire, pasando a través de los delgados vasos sanguíneos en los pulmones y siendo absorbido rápidamente por una sustancia roja de la sangre, llamada hemoglobina, es llevado a las células muertas por todo el cuerpo.

El carbón de estas células se quema, convirtiéndose en bióxido de carbono, y el hidrógeno, en vapor de agua. Estos productos, juntamente con el nitrógeno sobrante, son conducidos por la sangre a los pulmones para cambiarlos en el proceso de la respiración por oxígeno puro. Así, según dice San Pablo, cada día morimos. Una cantidad de células muere diariamente en nosotros y es reemplazada por otras nuevas.

La respiración en plantas y animales es constante. Cuando estamos en un espacio cerrado, se consume todo el oxígeno y se hace preciso renovar el aire por la ventilación. Cada persona necesita unos siete metros cúbicos de aire por hora. Esto sin fuego ni luces. Un sencillo mechero de gas consume más aire que un hombre. Sin aire la vida es imposible y con aire impuro su promedio se reduce. En la maravillosa economía de la naturaleza las plantas se mantienen de un gas, bióxido de carbono, que los animales exhalan. Por la acción de la luz del sol en la sustancia verde de sus hojas, las plantas elaboran de este gas el material requerido en la construcción de las células. Así, en cierto modo, las plantas se alimentan de los animales, lo mismo que los animales de las plantas.

Respirad buen aire.

Para estar sanos, necesitamos abundancia de aire fresco. El polvo y la suciedad perjudican a los pulmones. Algunas fábricas expelen gases que envician el aire y son un peligro para los que trabajan en ellas. El respirar aire impuro produce sangre impura. Las enfermedades de los pulmones tienen casi todas por origen el respirar aires impuros. Tanto las fábricas, como las casas y otros lugares de reunión, necesitan ser cuidadosamente ventilados. Primero, porque el



(Continuación.)

— Yo pensaba en Luis y supongo que gemí o grité; porque me miró con esa mirada que penetra como un puñal, e inmediatamente cubrió su semblante una especie de máscara, a semejanza del guerrero que se baja la visera para la lucha. La expresión de su semblante era la misma de siempre, cuando ocupa el púlpito o está en la escuela, y me preguntó con tranquilidad:

— ¿Quién eres, niño? ¿Cómo has venido aquí?

— Soy Norberto De Caulaincourt, señor — pude responder —, y he venido obedeciendo vuestras órdenes.

— Vete — me dijo — y vuelve mañana a la misma hora.

— Pero yo no podía marcharme, ni aun mandándomelo maese Calvino, teniendo en mis oídos la frase de ¡De Marsac!, así fué que le dije: Señor, suplico que me perdonéis; pero Luis De Marsac era para mí un hermano; decidme, os lo ruego, lo que le ha ocurrido. Me miró un momento en silencio, y después me dijo: «Espera». Y yo esperé, mientras leía la carta, sin respirar apenas, con la vista fija en él, hasta que, al fin, habló: «Luis De Marsac y Dionisio Peloquin están en la cárcel de Lyon por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Se sienten llenos de fe y valor, confiando en Dios. De Marsac ha escrito. Dilo a sus amigos.» Creyendo que me despedía le hice una reverencia y me volví para retirarme; pero me llamó, diciéndome: «En cuanto a tu asunto, Norberto De Caulaincourt...

— ¿Qué, Norberto? — preguntó el padre, viendo que Norberto se detenía.

— No puedo recordar sus palabras, al menos tal como me las dijo — tartamudeó el muchacho —; pero la idea fué que yo había sido indiscreto y no sé qué más, pero te aseguro que todo me llegó al alma.

— ¿Y qué tienes que hacer?

— Nada. En cuanto al rescate de los prisioneros, lo pagará la ciudad. Yo lo que tengo que recordar, según me dijo, es que no hemos venido al mundo para servirnos a nosotros mismos ni a nuestros amigos, a nuestro gusto, sino para hacer la voluntad de Dios, como Luis De

Marsac. Me pidió que orase por él y siguiera su ejemplo si venía el sufrimiento o la muerte... ¡oh padre!, ya sabes tú.

— ¿Fué eso todo?

— Sí... no. Puso su mano sobre mi cabeza... y, ya no volveré nunca a decir que maese Calvino es insensible.

— ¿Cuál te parece que es la parte más difícil en una campaña, la del general o la del soldado? — preguntó De Caulaincourt, sorprendido —. Norberto, hijo mío, esa noticia es muy triste, muy triste — y, tras una pausa, añadió: — Creo que Luis no tiene ningún pariente en la ciudad.

— No; pero está Gabriela. — La voz de Norberto se debilitó al pronunciar el nombre de la joven.

De Caulaincourt no entendió en el primer momento, porque no había habido ningún compromiso público; pero Norberto lo sabía bien. En aquel mismo sitio había confiado Luis el encargo que trastornó su vida, y el padre lo leyó, al fin, en el semblante de su hijo, diciendo al cabo de unos instantes:

— ¡Ah! Hay en la vida cosas en que los jóvenes se entienden unos a otros mejor de lo que podemos hacerlo nosotros, los viejos.

— Padre, tú debes decíselo a ellos. Quizá sea maese Berthelier, enfermo como está, el primero que deba saberlo. Él se lo dirá a ella.

— Más propio me parece a mí que seas tú el que des el mensaje que te confió maese Calvino.

— Sí, pero yo ¡no puedo! Se trata de Luis, que es mi amigo, ¡mi hermano!

Y, con asombro de sí mismo, el mancebo rompió a llorar, sollozando amargamente. Por fortuna, no había nadie que pudiera verlos u oírlos; porque, siendo la hora de cenar, el patio de la catedral estaba desierto. De Caulaincourt puso una mano afectuosamente sobre el hombro de su hijo; pero no intentó reprimir sus lágrimas. Norberto no tardó, sin embargo, en reponerse, y dijo:

— Vámonos a casa, padre, y tú se lo dirás a los Berthelier.

Y De Caulaincourt, conmovido por tanta tristeza, no hizo objeción alguna, retirándose ambos juntos, en silencio.

Al recorrer aquellas calles familiares, el alma del joven Norberto, conmovida en lo más hondo por lo que había visto y oído, halló en su misma aflicción un rayo de luz. Fría, severa e insensible, como el contacto con un cadáver, le había parecido la voluntad de Juan Calvino cuando envió a su padre, a Luis De Marsac, Dionisio Peloquin y cien más a sufrir y morir, pero, a la sazón, sabía ya perfecta-

mente, porque había presenciado la angustia de su alma, que aquel hombre enérgico sentía y sufría en proporción de sus fuerzas. Jamás volvería a pensar que aquello era fácil para Calvino, jamás volvería a dudar de que él sufría tanto en su segura Ginebra como ellos en el calabozo o en el tormento.

Levantó la cabeza y miró al cielo, sereno, sin una nube. Aquella vida sana, honrada, en la cual respiraba y se movía forzosamente desde su llegada a Ginebra, estaba saturada de la intensa creencia en uno que moraba detrás de aquella atmósfera y hacía su voluntad en los cielos y en la tierra. Y no era posible resistirse a esa voluntad; Él mataba y daba vida; Él tenía misericordia de quien quería, y trataba con arreglo a sus transgresiones al que le parecía conveniente. Permanecía silencioso en su cielo, en tanto que las cosas en el mundo iban de mal en peor, y hombres, hasta buenos, que confiaban en Él, como Luis, eran encarcelados, atormentados, quemados. Pero, después de todo, si fuera posible a los mortales entenderle, tal vez hallarían que Él sentía, sufría, amaba, como maese Calvino; pero infinitamente más. Y, además, había un Cristo, y una cruz, y un «amor de Cristo», de que los hombres tanto hablaban. Norberto pensó en un versículo que decía: «En toda angustia de ellos fué angustiado» (1). ¡Oh, si fuese verdad!

Y no es que las ideas, tenues y vacilantes, de Norberto tomaran forma en frases semejantes a las dichas; antes bien, la momentánea claridad que despejó su mente, le hizo pensar sólo: Ahora sé que el hombre a quien yo consideraba duro como la roca, siente, ama, sufre. Quizá algún día sabré que uno, infinitamente más grande, siente, ama, ¿podré atreverme a decir sufre? Sólo que en mayor grado, precisamente por ser más grande.

El relámpago pasó; pero la idea subsistió para no apartarse totalmente de él en toda su vida.

(El capítulo XXIII se titula: «La Comisión de Norberto».)

(1) Isaías, LXIII, 9.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

SAN PABLO: EL HÉROE

por RUFUS M. JONES

Traducción de F. CASTILLO

Un libro para la juventud. Hasido adoptado como texto en las clases de educación religiosa y Escuelas Dominicales, en muchas partes.

Se está agotando la primera edición. Haga hoy mismo sus pedidos.

En Méjico, UN peso el ejemplar.

En otros países, MEDIO peso oro.

VENTA:

"VIDA Y SERVICIO", Apartado 29.
Matehuala, S. L. P. - MÉJICO

Escuela Dominical

Pablo en la cárcel.

26 de Agosto.

Hech., 16, 16-34.

TEXTO AUREO: *Gozáos en el Señor siempre; otra vez os digo: Que os gocéis.* — Fil., 4, 4.

Pablo y sus compañeros iban con frecuencia desde la casa de Lidia hasta el lugar «donde solía ser la oración», junto al río. En el camino encontraban una pobre niña que tenía espíritu pitónico, es decir, espíritu de adivinación. Los griegos llamaban Pitón en su mitología a la serpiente que guardaba el famoso oráculo de Delfos. Alguien ha dicho que el caso de aquella muchacha era una mezcla de «fraude, clarividencia, locura y diablo». Ella no era culpable de fraude, sino sus amos, que explotaban inicua y desgracia de la niña.

El clamor de la niña podía ser una confesión que el espíritu malo hacía, obligado por una fuerza irresistible, como sucedía con algunos endemoniados en el tiempo de Cristo.

Pero el Evangelio no necesita la alabanza de los espíritus malos; al contrario, tiene con ellos guerra sin cuartel. El nombre de Jesús es la potencia divina que hace temblar a todos los espíritus que hacen su obra de maldición en el alma del hombre.

Los amos, para quienes la curación de la muchacha era un golpe fatal contra sus intereses materiales, prendieron a Pablo y a Silas y los llevaron a los magistrados. En lugar de decir la verdadera causa de su odio contra los misioneros, los acusaron de alborotar la ciudad y de predicar doctrinas subversivas.

No sabemos por qué en esta ocasión no hizo valer Pablo su derecho de ciudadano romano a no ser azotado (como lo hizo valer en otras ocasiones). El hecho es que Pablo y Silas sufrieron el tormento, y fueron después echados en un calabozo oscuro y hediondo, donde los colocaron en el cepo, instrumento de tortura que apretaba los tobillos del preso, privándole de movimiento.

«Pablo y Silas, orando, cantaban himnos a Dios.» Los presos los escuchaban con extrañeza. Aquel canto era el mejor testimonio que podía darse del poder de Cristo para consolar y confortar a sus siervos. Una religión que produce tal paz y gozo, tiene que venir de arriba.

Oraciones tan fervientes remueven la tierra y el cielo. Dios contestó por medio de un terremoto, que abrió todas las puertas y soltó todas las cadenas. El carcelero, despertado por el ruido, creyó que los presos se habían escapado. Cuando oyó la voz de Pablo y vio la escena claramente, una transformación repentina se obró en él. El Espíritu de Dios le hizo verse como pecador perdido. Tenía conciencia de haber obrado mal contra Dios y contra los hombres. Se vio en un peligro inmenso, que no podría explicar, pero del cual tenía una certeza terrible.

«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo», es el glorioso anuncio del Evangelio; salvo del pecado, salvo de la condenación. ¿Por qué nos salva la fe en

Cristo? Porque echa mano de la obra expiatoria consumada en la cruz; porque implica aborrecimiento y abandono del pecado; porque abre el corazón a las influencias del Espíritu de Dios. Creer en Cristo es aceptarle por Salvador, por Maestro y por Señor.

«Tú y tu casa.» Es cierto que nadie puede creer por otros, pero también lo es que nadie cree para sí solo. El ejemplo de un padre de familia cristiano, sus palabras, sus oraciones, su fe, harán entrar en el mismo camino de salvación a sus hijos.

La fe verdadera no tarda mucho en manifestarse por sus frutos. El carcelero, lavando las heridas de los Apóstoles, demostró el cambio que había experimentado. Después recibió el bautismo con toda su familia, en señal de su nueva fe.

PABLO: su vida y sus Epístolas

Por el Rdo. H. B. Bardwell

Este libro ha sido escrito expresamente para ser usado en las clases del Colegio Candler, de Cuba. Es obra de un experimentado maestro. Recoge y aprovecha lo mucho que se ha dicho sobre el asunto por los mejores autores. Los instructores de Escuela Dominical encontrarán aquí un auxilio valiosísimo en la preparación de sus lecciones.

En tela, 364 páginas.

Precio, 5 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933



Para obreros evangélicos

¡REGOCIJAOS SIEMPRE!

Por Alfredo S. Rodríguez, ministro del Evangelio. Una serie de meditaciones estimulantes y alentadoras acerca de las fuentes y los resultados del gozo cristiano: gozo en la fe, en la oración, en el servicio, en las dificultades, etc. 160 páginas. En tela Ptas. 3,—

CON CRISTO EN LA ESCUELA DE LA ORACIÓN

Por Andrew Murray, un príncipe entre los escritores devocionales. Treinta y una meditaciones acerca de la naturaleza, condiciones, poder y frutos de la oración. 187 páginas de nutrida lectura Ptas. 3,—

JESUCRISTO, SU REALIDAD Y SIGNIFICADO

Por P. Carnegie Simpson. Un estudio del hecho real y positivo de que Cristo ha vivido sobre la tierra, y de que es actualmente una realidad viviente en la experiencia de millones de almas. 152 páginas. Ptas. 3,—

EL MINISTRO COMO PASTOR

Por Carlos E. Jefferson. Sanos consejos y amonestaciones a los pastores, por un pastor experimentado. 147 páginas. En tela. Pesetas 4,50

NUESTRAS NIÑAS

Por Margarita Slattery. Trata especialmente el problema de las niñas adolescentes de doce a diez y seis años. 84 páginas. Pesetas 2,50

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933.

TEXTOS ARTÍSTICOS DE PARED

Con adornos de flores finamente litografiadas y tipo plateado en relieve.

Tamaño: 26 × 20 centímetros.

Altos.

1. Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar. — *Mat., 11, 28.*
2. Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. — *Juan., 11, 25.*

Apaisados.

1. Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. — *Sal. 46, 1.*
2. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. — *Gál., 6, 2.*

Cada texto, 1,50 pesetas.

Sociedad de Publicaciones Religiosas. = Flor Alta, 2 y 4. = Madrid.